

MEMORIAS DE UN SEMINARIO

Soy uno de los tantos seminarios que proviene de los remotos tiempos en que se iniciaron las investigaciones en historia de la arquitectura. Lo malo es que no soy un original. Ni siquiera la primera ni la segunda copia al carbón. Soy la tercera copia, hija de ese delgado y frágil papel de calco.

Por eso, no es raro que con el tiempo me haya hecho casi ilegible. Las letras se han ido decolorando con el tiempo. Soy una copia al carbón, ajada y con algunas páginas desgarradas por el roce de los dedos. Podría decir que soy feliz, después de haber tenido muchos ojos encima y de haber sido manoseada hasta lo inimaginable. También podría asegurar, con orgullo, que en mi vida he sido de muchos hombres. Pero, si es por eso, también tendría que reconocer, con vergüenza, que he sido de muchas mujeres.

Mi vida ha estado poblada de sufrimientos. Para ser sincera, desde que me concibieron. Efectivamente, fui hecha a golpes de tecla de una máquina Remington, y cada teclazo era un verdadero disparo en la frágil superficie de mis hojas. A veces se venían encima varias teclas a la vez, cuando el mecanógrafo de turno se aceleraba y mandaba seis letras juntas. En más de alguna ocasión fui dolorosamente perforada por la insistencia despiadada de una misma letra.

Pero mis padecimientos no terminan allí, desde luego. Digamos que esos corresponden nada más que al período de la concepción y el parto. Fui fabricada a punta de enmiendas. Varias de mis letras fueron eliminadas valiéndose del raspado de una *gillette*. En efecto, hay sílabas casi transparentes. Otras palabras desaparecieron debajo de una capa de líquido blanco y espeso, encima de cuya huella se han colocado, manuscritas con tinta negra, las letras correctas.

Nací con fallas, de eso no cabe duda. El propio autor se vio en la obligación de declararlo. Y lo hizo hidalgamente en la fe de erratas: se trata de una hoja suelta que se incluyó, sin convicción alguna, entremedio del texto. La prueba de ese desgano es que esta página independiente es la peor conservada del documento. Sus bordes, de hecho, están enteramente roídos. Sospecho que en algún momento, más que fe de erratas, fue festín de ratas.

Uno de los traslados de la Facultad significó la pérdida de mi original y las dos primeras copias. Por mi condición de tercera y exclusiva copia, me he convertido en imprescindible. Si no fuera por mí, este seminario no existiría. Por eso me

apetecen y me buscan. Soy, a estas alturas, un bien no renovable. Si me extingo alguien dirá con pomposa y engolada voz académica que se perdió un importante eslabón de la larga cadena de investigaciones del antiguo Instituto de Historia. Por eso ahora me vigilan celosamente.

Aun así, no han podido con los depredadores. Si me examinan, comprobarán que a mi página 13 se le ha sustraído la fotografía superior y ha quedado sólo un título que la anuncia. Se sabe que esa fotografía forma parte de un libro recientemente publicado por un distinguido arquitecto de figuración nacional que jamás mencionó la fuente. Ahora bien, si van a la página 49 comprobarán que una delicada cirugía me ha despojado de unos esquemas a mano alzada que hablaban de la destreza del autor y que explican la evolución del edificio investigado. Ahora en esa página no queda más que una ventana calada quirúrgicamente, en el extremo inferior izquierdo.

Qué decir de mis tapas verde olivo en cuyo lomo destaca el título escrito originalmente con letras doradas. Bueno, digamos que la cubierta fue verde olivo. Ahora se parece más a esa oscuridad incierta que habla de un pasado lejano y que muchos llaman poéticamente “la pátina del tiempo”.

Podría, en esta declaración, hacer presente que he sido visitada por innumerables personajes. Algo me dice que el edificio investigado en este seminario es mucho más atrayente que otros, por alguna razón que no acierto a discernir. Han devorado mis líneas una sucesión de ojos ávidos, a veces apoyados por un dedo índice que me recorre, me degasta y me borrona. Y de tanto roce –suave a veces, áspero casi siempre- y tanta grasitud humana, las palabras se hacen difusas y se leen con dificultad, lo que, como contrapartida, agrega misterio al contenido. El lector pendula, entonces, entre el rigor y la conjetura. Así y todo, en mis largos años entre anaqueles y escritorios, armada de una paciente lasitud, he visto desfilar personajes que no podré olvidar. De cuando en cuando, entre ellos aparece algún explotador cruel o un carroñero de citas.

Debo decir que después de los largos meses de gestación, a mi parto asistió don Aquiles. Su arsenalera, una joven de mirada adusta y lento hablar, le asistió con abnegada dedicación. La señorita Myriam –que es el nombre de aquella arsenalera-, según me informé después, cubrió el vacío que dejó don Aquiles y continuó por la misma senda de rigor y prolijidad.

Hasta mis páginas han llegado maestros insignes que han gastado su tiempo copiando párrafos íntegros. La mayoría se ha conformado con la transcripción textual de unos cuantos datos. Otros tantos no me han prodigado más que una mirada indiferente y me han devuelto a las manos de la bibliotecóloga con algún gesto de desilusión.

En los tiempos modernos he sido víctima de otro tipo de tormentos. Con el pretexto de una conservación a prueba de deterioros futuros, fui destazada como animal de matadero: me desbarataron por completo, liberando las hojas del lomo empastado, de manera que se pudieran microfilmarse, una a una. Cada una de mis páginas debió soportar que la introdujeran en una máquina que fijara, a perpetuidad, textos e imágenes.

Esta operación, fatigosa y lenta, terminó siendo estéril. Las mías, al igual que la de cientos de láminas de tantos seminarios que se microfilmaron, siguen envasados y en desuso. Es que llegó el escáner y cambió la tecnología de un plumazo. Pero para mí es lo mismo. Cada paso por la máquina –sea microfilmadora, fotocopiadora o escáner- me hace doler, me oprime. Debe ser algo así como una mamografía documental.

Suelo dormir de pie en un estante del Archivo del actual Instituto de Historia y Patrimonio. De vez en cuando siento cómo las manos de Margarita me retiran del lecho para posarme sobre la mesa. Otros dedos abren mis páginas y recorren mis líneas. Mientras tanto, percibo todo cuanto está en derredor mío. La semana pasada y después de muchos años, advertí un cambio. Sí, un cambio. Un cambio en el espacio, algo más de aire, una cierta holgura que se manifiesta en la comunicación de dos habitaciones a través de un vano amplio y luminoso. Siento que se respira mucho mejor y que cuando abren mis páginas alcanzo incluso a percibir el aroma del perfume que fligorea por las ventanas. Deben ser éstos los aires de un año nuevo, un año en que todos estarán reestructurados, encasillados y convenientemente cuadrículados.

En mi caso, el año nuevo no hace más que confirmar mi decrepitud. Así y todo, seguiré siendo botín de piratas y alimento de publicaciones nuevas. Al final de cuentas, para eso fui concebida. Y cuando definitivamente me convierta en polvo, llegaré a ser –parafraseando un verso de Borges- polvo investigado.

Y ahora, por favor, devuélvanme a mi estante protector. Gracias.

Antonio Sahady
5 de enero de 2012